

BLOW UP

Alejandro Reza Lurrabaquio

Letras Españolas.

Facultad de Filosofía y Letras

Después de ver *Blow-up*, último film de Antonioni, tres cosas se me ocurren decir de él: una referida directamente al trabajo del director, otra acerca de la temática empleada, y la tercera a causa de cierto contenido sociopolítico que creo está implícito en él. De estas tres cosas, las que realmente importan para una crítica cinematográfica son las dos primeras, sin embargo, la tercera se me viene a la cabeza y no me voy a quedar con las ganas de decirla.

El trabajo de Antonioni, que muchos han querido ver únicamente como ejercicio de estilo, y que él mismo se ha encargado de propalar como la sola cosa realmente seria que hay en su película, no me parece a mí sólo eso, ejercicio de estilo. Es cierto, sí, que aquí Antonioni ensaya nuevas formas en el lenguaje cinematográfico, pero de ninguna manera se trata sólo de la forma, del estilo en sí, sino que éste es derivado del tema tratado, del lugar y la época de la acción. La diferencia entre éste y sus anteriores films es enorme. Si en los anteriores había quietud, estatismo, aburrimiento (aburrimiento no en sentido peyorativo, trato de decir con ello que si lo que quería era retratar el aburrimiento de un personaje, lo lógico era hacer tomas largas, lentas, agobiantes, o sea aburridas, aunque consiguiendo muchas veces excelentes encuadres plásticos, o momentos de verdadera comunicación estética con el espectador), en éste por lo contrario hay vivacidad, inquietud, ligereza. En sus películas precedentes había tratado su temática desde el punto de vista de un personaje individual, del cual conocíamos sus momentos de tedio, sus angustias, sus largas caminatas. En *Blow-up* en cambio, conocemos el Londres actual, que es realmente el personaje principal de la cinta. La problemática nos es dada a través de una colectividad, la juventud actual inglesa (claro que no toda), y si hay un protagonista humano, nos sirve sólo de punto de apoyo, de referencia, de enlace con todo el mundo que se nos quiere mostrar. De eso deriva el uso de una cámara diferente de las usadas en *El desierto rojo*, *El eclipse*, etcétera, es decir, una cámara que no es cómplice del personaje ni lo está "acompañando en sus sentimientos". Aquí, en *Blow-up*, la cámara se ha liberado, no toma partido alguno, es un ojo testigo solamente; lo que tes-

←

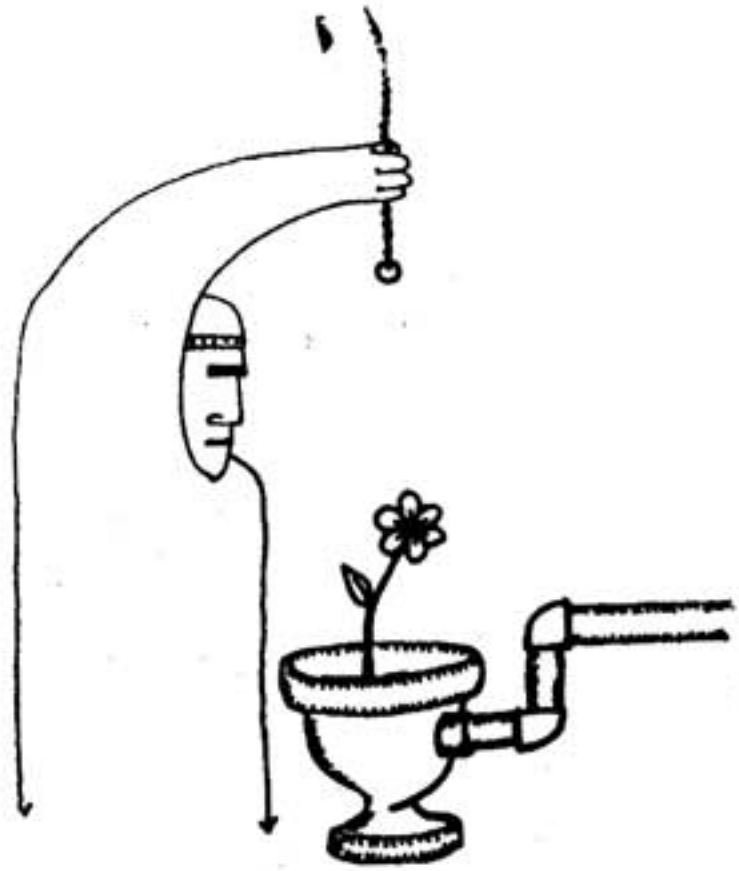
Ilustración de Sigth and Saund

timonia es un mundo alocado y tiene que adoptar su ritmo. Si retrata un plácido parque en una tibia mañana con personajes casi inmóviles, la cámara permanece quieta, sus tomas son largas. Si retrata en cambio un frenético juego erótico entre un hombre y dos muchachas tratándose de desnudar unos a los otros, entonces la cámara se mueve incesantemente y las tomas son más breves. O si, en lugar de eso, las imágenes que está tomando son las de un fotógrafo que retrata a una modelo, pero en unas actitudes y poses que casi son un sustituto del acto sexual, en ese caso los cortes son rápidos y la cámara se sitúa en muy diversos ángulos.

Todo esto hace parecer que en realidad sí se trata de un ejercicio de estilo, pero esto equivaldría a decir que el estilo condiciona los demás elementos (tema, personajes, época, etcétera), y no es así, sino que son éstos los que condicionan, o más bien exigen, ese estilo. De todos modos, el film ha resultado de una visualidad espléndida, con unas formas, una belleza y un ritmo a veces sicodélico (y no lo digo sólo por el gusto de emplear esta palabra).

En cuanto al tema no creo que Antonioni proponga uno nuevo. Su tema principal sigue siendo el mismo: la incomunicación humana. En sus películas anteriores hablaba de esta incomunicación de la manera en que se daba entonces, con personajes de edad madura, intelectuales por lo general, angustiados, solitarios, aburridos, cansados. La situación que retrataba era la de los años cincuentas, o primeros de los sesentas, muy distinta de la actual y, el lugar en que la reflejaba era Italia, con un sentido de la vida y unas maneras diferentes

de las de Inglaterra. Ahora da un giro completo: la incomunicación existe no sólo entre la gente adulta, sino también entre los jóvenes, pero en ellos se demuestra no con largos paseos o con recargarse en vastos muros blancos. Su falta de comunicación se establece en grupos, en reuniones para aturdirse con los exitantes, penetrantes y trémulos sonidos de la música de rock, para perderse en las visiones de "viajes mágicos y misteriosos" a través de extraños paraísos gracias al consumo de drogas alucinantes. (Formas últimas de incomunicación que podrían ser a la vez indicios primeros de una nueva comunicación, comunicación posiblemente telepática, a través de la "onda", de cualquier onda.) "La juventud actual, parece decirnos Antonioni, vive en mundos ficticios": ficticios los paraísos proporcionados por las drogas, ficticio el esplendor de las modas en el vestir en medio de un planeta agobiado por la pobreza y los harapos, ficticia, por efímera, la fama conseguida por medio de fotografías en las revistas, ficticios los gestos y actitudes de las *cover girls*, ficticia la comodidad que proporciona el dinero, etcétera. (Todo esto se nos dice en el film, no es inventado por mí, "si tuviera más dinero, dice Thomas el fotógrafo, me largaría de aquí". Las muchachas que lo persiguen, lo hacen para que él las fotografíe y así ellas alcancen la fama. Los gestos de sus modelos los consigue casi a fuerza de latigazos, etcétera. Este carácter de falsedad nos es dado por dos escenas claves en la cinta: una, la de que cree descubrir algo insólito (un cadáver) al ampliar (o amplificar) las fotografías tomadas en el parque. Nosotros nunca vemos con claridad el cadáver en ellas, y al regresar el fotógrafo al



lugar donde creyó verlo ya no lo encuentra. Posiblemente haya sido sólo su imaginación, esto queda siempre en el misterio. Otra, la escena final, en la que Thomas, para no discordar con un grupo de mimos que simulan jugar a la pelota, debe fingir también, entrando así a formar parte de una realidad ilusoria, falsa como el resto.

Del cuento de Cortázar en que se basó Antonioni para hacer el argumento de *Blow-up*, quedó sólo una serie de situaciones y muy poco de la anécdota. Tomó más bien algunas ideas esenciales que tiene Cortázar respecto al carácter y valor de la fotografía: "...y me quedé al acecho, seguro de que atraparía por fin el gesto revelador, la expresión que todo lo resume, la vida que el movimiento acompaña pero que una imagen rígida destruye al seccionar el tiempo, si no elegimos la imperceptible fracción esencial", dice en *Las babas del diablo*, base literaria del film, y esto es exactamente lo que ha hecho Antonioni, elegir "la imperceptible fracción esencial", "el gesto revelador, la expresión que todo lo resume", tomando su película como ampliación temporal, anecdótica, espacial y activa de la instantánea e inmóvil imagen única de que nos habla Cortázar. Aquí es donde se me vienen a la cabeza ciertos razonamientos de los cuales no he podido desprenderme, y que se me ocurrieron debido a que he creído ver (o querido ver) en la cinta implicaciones de tipo social o político. Dicho concreta y rápidamente: Antonioni ha dejado un testimonio de la decadencia de Occidente, de la agonía de un sistema político y social que ha logrado hacer incapaces a sus indivi-

duos jóvenes de buscar la felicidad de una manera consciente, y que se ven obligados a proporcionársela artificialmente, en la huida fácil de la realidad, en el aislamiento gremial, en cierto tipo de placentera soledad espiritual pero buscando siempre la compañía física de los demás. La caída de Occidente, es decir, del sistema capitalista es inevitable y evidente. (Vietnam, la libra esterlina, etcétera), y Londres es una de sus capitales. Pero, como casi siempre sucede, a mundos que se desploman corresponden culturas que se agigantan. La calidad de sus hombres valiosos se afina con las crisis, y ya sea que pertenezcan al bando de los que aman y sostienen ese mundo agónico, o al de los que luchan por exterminarlo para poder situar en su lugar otro que consideran mejor, nos dejan siempre obras de alto valor cultural. A este mundo pertenecen los Beatles, los más geniales y auténticos renovadores de la música, y de la moda, actualmente. A él pertenece también Bertrand Russell, uno de los más importantes, si no es que el más importante de los filósofos vivos. Ambos pertenecen a la misma sociedad, ambos son producto del mismo sistema.

"Si vas a Europa, me dice un amigo, no dejes de visitar Londres. Es la locura. ¡La locura!" Así es, lujoso, sorprendente, fascinante. Y mientras más atractivo sea este estilo de vida, más rápida será su extinción. Visconti habla con tristeza de su mundo que se pierde, Antonioni solamente nos lo muestra, simplemente coge "la imperceptible fracción esencial" y nos la pone frente a los ojos. Las conclusiones nos corresponden a nosotros.